



## La leyenda negra y el aire español



por Ignacio  
Rodolfo Hazen

Dentro de cincuenta, cien años, el historiador del futuro verá derribar las estatuas de los conquistadores y escamotear los museos o las efemérides que unen América y Europa. Si atendiese sólo a estas noticias, se vería tentado a decir que estos años del siglo XXI fueron los peores tiempos para la huella española en el mundo. Pero resulta que la historia no se puede hacer de datos, por ruidosos que sean. Si se limitara a ellos, el historiador no contaría la verdad, sino una abstracción deformada, una mentira: eso que algunos disfrazan ahora con la palabra «relato». Como se ocupa del hombre, la historia se las ha de ver con el silencio. Porque el hombre come, se abastece, gobierna, sí; pero también cree, pena, ama, goza, sueña; y esto último, que es lo más variable –y, por tanto, lo más histórico–, lo puede hacer sin decirlo. Más bien lo canta, y a veces, lo calla.

En la intimidad de la habitación del adolescente, en el ambiente poco prestigioso de las discotecas, millones de almas de todos los continentes prefieren hoy las músicas hispanoamericanas. Si el historiador del futuro consiguiese superar la visión angosta del especialista y acometiese la vida en su conjunto, advertiría que este fenómeno no es menos importante que los aspavientos ideológicos que llenan tantos folios. En realidad, es uno de los hechos más profundos de nuestra historia. Como casi todo lo constitutivo de España, no nace en la época contemporánea, ni se inventa de golpe en las Cortes de Cádiz. Del siglo XVI parten, al mismo tiempo, tres fenómenos capitales: primero, el injerto americano, del que hoy germina el español como lengua mundial; segundo, la leyenda negra; y el tercer vector olvidado: la estima e imitación por parte de Europa de las costumbres más genuinas de los españoles. Es decir, el aire español.

Todo se resume en unos pocos hechos sorprendentes. En la España de Felipe II, la música de los «desgarrados» –pícaros, gitanos, negros– se convirtió en la música de las mayorías, tanto de plebeyos como de poderosos. El ascenso de lo que hoy vemos castizo –la guitarra y el baile con braceos y castañuelas– fue sentido en España como algo venido de América, y fue, en efecto, la primera música mundializada. Sólo después de hacerse negro, gitano e indiano, se empezó a hablar de un estilo español, que fue mestizo de nacimiento y europeo de vocación. Hacia 1600, la guitarra y los bailes de España se empezaron a infiltrar en todo Occidente. Los efectos más patentes se hicieron sentir en Italia, su centro artístico. Allí las

*Hacia 1600, la guitarra y los bailes de España se empezaron a infiltrar en Occidente. Sólo después de hacerse negro, gitano e indiano, se empezó a hablar de un estilo español, que fue mestizo de nacimiento y europeo de vocación*

músicas despertaron el apetito del teatro del Siglo de Oro. Virreyes y embajadores respondieron trayendo actores y poetas. Desde entonces, los comediantes españoles –sobre todo las comediantas– figuran en el corazón del barroco, junto a Caravaggio, Bernini o Monteverdi. Su vitalidad moldea los placeres de varias generaciones, incluida la naciente ópera cómica, y con ella queda para siempre en la sensibilidad europea.

Todo esto corrió de forma estrictamente paralela a la leyenda negra, pero por un cauce mucho más hondo. Porque al fin, la mezcla, los vínculos europeos, la lengua y los ritmos compartidos por cientos de millones de personas son la

verdad que hoy somos. Si no lo hemos sabido ver, si, frente al aire español –hoy hispanoamericano–, hay quien prefiere la leyenda, la xenofobia, el nacionalismo, o si se busca la abstracción de las «identidades», no es por un problema de ignorancia, por falta de orgullo –que aquí es impertinente–, sino acaso por falta de gravedad: ese peso de la propia condición por el que los españoles fueron tan famosos en otro tiempo.

Hoy diríamos falta de autenticidad. La de la ciencia histórica por hablar de cualquier cosa con tal de no ver al hombre entero y contar quiénes somos. Y la nuestra, por no querer vivir a la altura que nos ha da- **L**

Ignacio Rodolfo Hazen es historiador y autor de *El aire español*.



'NATURALEZA MUERTA CON GUITARRA', DEL PINTOR BARROCO TOMÁS YEPES.